

Cuando el arpa compañera
De mis penas y mi gloria
Descanse cual yo olvidada
En mi tumba silenciosa,

Plegue á Dios que de tus ojos
Una lágrima tan sola,
Brille sobre mi sepulcro
Cual estrella misteriosa.

EL PEREGRINO.

Era una noche de invierno,
Del invierno crudo y frío,
Oscura, sin una estrella,
Y de nieve y de ventisco;
Era mas de media noche,
Y la puerta de un castillo
Resonaba al duro golpe
Del fuerte aldabon macizo:
Mucho aqueja al castellano
La visita y el ruido,
Que allá estaba junto al fuego
Bebiendo con sus amigos.
« Soy un pobre, » el que llamaba
Con voz apagada dijo,
« Soy un pobre estraviado
Que no conoce el camino. »
Y gritóle el castellano:
« Vaya á otra parte el mendigo. »
— « Estoy solo y sin defensa,
Soy un pobre peregrino,
Y vengo de Tierra Santa
Muy cansado y busco asilo. »
— « Busque albergue en otra parte,
Que no se da en este sitio. »
— « Yo pagaré en oraciones
Por el Señor compasivo,
Daré del santo sepulcro
Un relicario bendito. »
— « Pase, le digo, adelante, »
Gritó el castellano altivo.
— « Señor, por piedad! » de nuevo
Dijo el pobre peregrino,
« Soy ya muy viejo, sin fuerzas,
Desnudo y muero de frío; »
Mas nada de esto apiadara
Al dueño de aquel castillo,
Que tenia el corazón

Cual mármol endurecido.
Antes bien se puso en pié
Y gritóle enfurecido:
— « Parta el pobre en hora mala,
No me canse con sus gritos,
No despierte mis sabuesos
Ni mis halcones dormidos. »
Y tornó de nuevo al fuego
Y á beber con sus amigos.
« A Dios, señor, » le responde
El pobre con un suspiro,
« Si llamais á puerta agena,
Dios os dé mejor destino. »
Larga y negra fué la noche
De vendaval y granizo:
Muy mucho sonaba el aire
Con triste horrendo silbido.
Poco durmió el castellano,
Porque su sueño indeciso
Fué turbado muchas veces
Por la memoria de un grito,
Por aquel ay! doloroso
Que lanzara el despedido. —
Desde entonces cada noche
Ha vuelto á escuchar lo mismo;
Que á la mañana siguiente,
Cuando de perros seguido,
Con el azor sobre el puño,
Sobre un caballo de brio,
Buscaba tímida garza
Por las orillas del rio,
Olvidado del dia antes
Y en la caza divertido;
Halló sobre el duro suelo,
En nieve casi sumido,
Amorato y sin vida,
Al infeliz peregrino.

BERMUDEZ DE CASTRO

(DON SALVADOR).

Nació en Cádiz en 6 de agosto de 1817. Hizo sus estudios en la Universidad de Sevilla hasta graduarse de licenciado y de doctor en leyes. En el dia es uno de los redactores de la *Revista de Madrid*, interesantísima publicación que nos ha suministrado algunos materiales para esta obra.

DELEITES.

Abandonadme ya, tristes ensueños
Que pesais sobre el pecho estremecido!
Desde que vino el alba os he sentido
Mis palpitantes sienas golpear;
Y aun escucho en mi cerebro abrasado
Zumbar los ecos de letal tristeza,
Ora que el sol reclina su cabeza
En las ondas de púrpura del mar.

En vano con la plácida esperanza
De adormir las serpientes de mis penas,
Hice correr el opio por mis venas
Para templar su devorante ardor.
Continua agitacion, no blanda calma,
Vino á atizar la hoguera del martirio;
Sus espantosos sueños, su delirio
Doblaron con angustias mi dolor.

Tú, á quien no puedo resistir, concede
Breve descanso al ánima doliente;
Déjame ver al sol en occidente
Recoger sus destellos y morir.
Siempre bañó mi corazón llagado
Con bálsamo dulcísimo esa hora:
Si ha de llegar la muerte con la aurora,
La miraré con júbilo venir.

Deja volver mi vista á lo que ha sido,
Y sobre un alma de cansancio llena,

Como gotas de lluvia sobre arena,
Las memorias estériles caerán.
No temas, no, que de mis secos ojos
Desprenda el llanto su raudal de duelo,
Que aun cuando pida lágrimas al cielo,
Lágrimas á mis ojos no vendrán.

Hay consuelos y vida para el alma
Donde del aura al suspirar sonoro
Se eleva un sol espléndido, de oro,
Sobre un cielo de nácar y zafir.
Hay un recuerdo allí, donde los mares
Besan las playas con amantes olas;
Donde riza entre sauces y amapolas
Su corriente de azul Guadalquivir.

Llebadme allá : naturaleza amante
Deja al hombre gozarse en sus sonrisas;
Sus perfumes, sus ondas y sus brisas
Vuelven la vida al triste corazón.
Al traspasar la falda de la sierra,
Respirando tu aliento, Andalucía,
Mi vista, débil ya, deslumbraría
La clara luz de mi natal region.

Las copas de los sauces de tus montes
Al viento flotan en la verde falda;
Como redes de plata entre esmeralda,
Los arroyos esparcen su cristal.
Y en tus selvas.... ¡cuán dulce ver la luna
Brillar por entre el lóbrego ramaje,
Mientras cubre fantástico celage
Su blanca frente cual sutil cendal!

Noches de amor! Las plácidas orillas
Brindan con grutas de misterios llenas;
Llegan las ondas lánguidas, serenas,
A apagar de los sauces el ardor.
¿Quién, respirando el delicioso ambiente,
No siente arder su pecho moribundo,
Si los suspiros del dormido mundo
Son un himno magnífico de amor?

Oh! cuando en medio de la espesa niebla
Que cubre aquí la atmósfera sombría,
Fantasmas de mi ardiente fantasía,
Descansais vuestras alas junto á mí,

Vuelve otra vez la juventud lozana
Con su séquito inmenso de ilusiones,
Y á todas vuestras mágicas visiones
Da vida mi doliente frenesí.

Entonces pasa tu divina sombra,
Amante, Elvira, cual lo fuera un día;
Vuelvo á escuchar tu voz, y todavía
Siento mi sangre al corazón correr.
Faltan voces al labio estremecido,
Y amorosos mis ojos como antes,
Clavo en tus ojos húmedos, brillantes
Con espresion celeste de placer.

Y otra vez vuelan rápidas las horas
En deleites divinos disipadas;
Y otra vez á tus lánguidas miradas
Late mi pecho con dichoso afán.
Y otra vez reclinado en las orillas,
Del pescador oyendo los cantares,
Jasmines y violetas y azahares
Sus perfumes dulcísimos nos dan.

¡Guadalquivir! junto á tu verde orilla,
De tus valles floridos en la calma,
Las dulces ilusiones de mi alma
Nacer á un tiempo y marchitarse ví.
La tierra era un Eden, cuando en los aires
Transparentes y azules, sacudia
El cielo de cristal de Andalucía
Sus nubes de topacios sobre mí.

Vuela mi pensamiento á do la costa
Elévase de Cádiz encantada,
Cual la concha de Vénus, arrullada
Por la espuma pacífica del mar.
Allí llegan al soplo de las auras
Las blancas ondas de murmullo llenas,
Los miembros de marfil de sus sirenas
Con sus líquidas perlas á bañar.

¿Porqué aun resuenan en mi triste oído,
Del mar al eco sus celestes cantos?
¿Porqué miro sus mágicos encantos,
Sus bellos rostros que formó el amor?
¿Porqué otra vez, o Laura, como flechas,
En mi pecho tus cánticos se hunden,

Y el arpa y los suspiros se confunden
En las noches sin fin de mi dolor?...

*

¡Volad, volad, memorias! ¿qué se han hecho
Las mugeres que amé candidas, puras?
Beben las unas heces y amarguras,
O yacen tristes en marmóreo lecho.

En rico carro, bajo ebúrneo techo,
Rameras otras, pérfidas, impuras,
Van á vender sus yertas hermosuras,
Sus secos labios, su insensible pecho.

Todas ya sin amor, sin emociones,
A una dicha tristísima, mentida,
Rindieron sus ardientes corazones.

Pálidas sombras de ilusion perdida,
Dejadme sin mis fúlgidas visiones,
Pero pasad, aunque lleveis mi vida.

*

Llegad, fantasmas bellos de deleites!
Los que verteis en mágico conjuro
De la muger sobre el semblante puro
Blandas tintas de nácar y arrebol;
Los que bañando en néctar y delicias
Sus encantados labios de corales,
Nadais en sus sonrisas celestiales,
Cual astros en la atmósfera del sol!

Vosotros que girais, como las auras,
Entre sus negros, nítidos cabellos,
Cayendo en trenzas en sus hombros bellos,
Flotando en rizos en su blanca sien;
Vosotros, los que amantes á su oído
Murmurais las palabras amorosas,
Cual la esperanza dulces, cariñosas,
Cual la esperanza pérfidas también.

¡Espíritus que en ojos seductores
Vibrais ardiente rayo, diamantino;
Los que velando su fulgor divino,
Prestais mas languidez á la beldad;
Venid todos; espíritus, fantasmas
Que inspirais los engaños, los amores,
Dejad encantos, y dejad dolores;
No imploro vuestras redes, mas llegad!

Os invoqué otro tiempo, y como Eva
La impura voz de la fatal serpiente,

Con atencion mi juventud ardiente
Vuestros mágicos cantos escuchó.
¿Dónde mi dicha fué? la dulce calma
Huyó por siempre del doliente pecho:
El blando sueño abandonó mi lecho,
Y el porvenir sus puertas me cerró.

Este cansancio horrible que me abruma,
Sin hallar tregua á mi dolor profundo;
Los objetos que pasan en el mundo
Estendiendo sus sombras sobre mí;
Este cuerpo que dobla cada dia
Triste la fiebre con su soplo ardiente;
Las arrugas precoces de mi frente,
¿Son esos los placeres que os pedí?

Si los perdidos cánticos de gloria
En la mar, en los aires escuchara;
Si á lo menos el alma se lanzara,
Como otro tiempo, en alas de la fe;
Si las espesas sombras que me cercan
Su pensamiento grande disipase;
Si un fanal de esperanza señalase
Término y ruta á mi cansado pié;

Si en las olas sin fin del oceano,
Si en los llanos inmensos del desierto,
Fuese á parar el pensamiento incierto,
Hallase norte su incansable iman;
Si el corazon latiese estremecido
Al eco del cañon en la batalla;
Bajo nubes preñadas de metralla,
Sobre el cráter ardiente del volcan.

¡Ay! entonces la dicha encontraria
Que nunca alcanzo, mas que siempre sigo;
La tierra estéril me ofreciera abrigo,
Y ancho camino abriera á mi ambicion.
Mas es en vano ya: mi mente inquieta
En miserable círculo se agita;
No cual antes frenético, palpita
Con gloria y con amor mi corazon.

*

Crecen dos palmas su ramaje alzando
En orillas opuestas de un torrente,
Sin juntar nunca su follaje ardiente,
Sin unirse jamas, mas siempre amando.

Crece, sus frentes tristes inclinando,
Hasta que airado el ábrego inclemente,
Las sepulta á la par en la corriente,
Juntos sus troncos á la mar llevando.

Así también tu suerte de mi suerte
Separa, o Julia, piélagos enemigo,
Y muero solo y mísero sin verte.

En vano en mi delirio te persigo,
Que en las espesas sombras de la muerte
La tumba sola me unirá contigo.

EN EL ALBUM DE UNA SEÑORA.

Tú, cuya vida se desliza en goces,
Como entre sauces murmurante río;
Tú, á quien se muestra el porvenir sombrío
Por un prisma de mágico color;
No pretendas que al coro que te aplaude
Mezcle sus roncós ecos la voz mía,
Porque el cantar que el labio entonaría
Fuera un cantar de admiración y amor.

¿A qué añadir, o Concha, mustias flores
Deshojadas por brisas vagarosas,
A la guirnalda de nacientes rosas
Que brilla en torno de tu blanca sien?
¿A qué, si llegan en propicios votos
Los perfumes, las joyas á millares,
Al pié de tus magníficos altares
Mi pobre ofrenda demandar también?

Los ojos de un arcángel son tus ojos;
La risa de los cielos es tu risa;
Tu aliento es el perfume que la brisa
Va en el cáliz del lirio á derramar.
Sobre tu cuello pálido de nieve
Levantas tu cabeza entusiasmada,
Cual blanco cisne que apacible nada
Sobre la espuma del rizado mar.

Sigue en el verde valle de tu vida,
Siempre cogiendo y marchitando flores;
Vertiendo gracias, suspirando amores,
Do quier amada, con amor do quier.
Siga inspirando tu hechicero rostro
Modelos al pintor, canto al poeta:

Pasa, y semeja en tu carrera inquieta
Sombra feliz de celestial placer.

No envolveré con nubes de alabanza
Tu admirada y espléndida hermosura;
No diré que una rosa su frescura
Entre tus labios de carmin vertió:
Tú sabes que arrebatan tus palabras;
Que tu mirada lánguida embelesa;
Si hay una suerte superior á esa,
Mira, esa suerte te la diera yo.

Entre danzas, y juegos, y festines,
Tu pensamiento en el placer se olvida;
La estrella hermosa que anunció tu vida
Con sus propicios rayos la doró!
Pero si acaso entre los dulces sueños
Que te arrebatan en su vuelo ardiente,
Pasa una sombra por tu bella frente,
Mira, esa sombra la borrara yo.

EL SAUCE.

Todo aspira vida nueva
Con la púrpura del sol:
La niebla blanca se eleva,
Mientras el céfiro la lleva
Entre nácar y arrebol.

Vése al lejos la barquilla
Las arenas de la orilla
Con ancha vela dejar,
Y entorchando va su quilla
Las espumas de la mar.

Lentamente su capullo
Abre la tímida flor
De las brisas al arrullo:
Todo en la tierra es murmullo;
Todo en el cielo esplendor.

Solo tú, sauce doliente,
Insensible á tal belleza,
No alzas al cielo tu frente:
En la orilla tristemente
Bajas tu hermosa cabeza.

En vano bañan tus ramas
Las ondas puras del río,
Que vuelven del sol las llamas,
Y se rizan, como escamas,
A las auras del estío.

En vano, tímida amante,
La brisa ansiosa procura
Calmar tu pena, y constante,
Cubre tu frente ondeante
Con perfumes, con frescura.

Creces, o sauce, doblado,
Como la yerba en el mar;
Siempre ante el viento inclinado;
Al dolor predestinado,
Fué tu existencia llorar.

Más sensible que las flores,
Tú no insultas la aflicción
Con perfumes, con colores;
Tú comprendes los dolores
De un cansado corazón.

Tu vida es la del mortal, Es la vida universal;
Como el tuyo es su gemir; Es nacer, sufrir, morir.
Y esa existencia fatal

EN LA MUERTE DE MI AMIGO
DON JOSÉ MUSSO Y VALIENTE.

I.

¡Ya va á espirar! su pabellon la muerte
Despliega sobre el lecho,
Y los latidos, con abrazo inerte,
Comprime de su pecho.

Y entre tanto, o natura, tú insensible
Del hombre á los dolores,
Te levantas hermosa y apacible
De tu lecho de amores.

La luna que sus ráfagas dilata,
Se inclina lentamente,
De la diadema de topacio y plata
Desnuda ya su frente.

La niebla el campo envuelve, como encaje
La espalda de una hermosa,
Flotando su magnífico ropaje
De zafiro y de rosa.

Las estrellas de luz, que la mañana
Sorprende centellantes,
Cubren con velo de violeta y grana
Sus tímidos semblantes.

La noche ve desde el opuesto monte
Subir el sol al cielo,
Arrollando en el pálido horizonte
Sus túnicas de duelo.

Cárdeno Sirio sobre nube vaga,
Floresta de aelíes,
Brilla, como en la frente de una maga,
Corona de rubíes.

Vibrante el rayo del fanal fecundo
Que en el oriente oscila,
Va con su luz á herir de un moribundo
La lánguida pupila.

¡Naturaleza! al despedir ingrata
La humana criatura,
Mas dulce encanto tu mirar retrata,
Mas gozo tu hermosura.

Cual muger que los sueños bonancibles
Disipa de su amante,
Ostenta risa en labios apacibles,
Y calma en el semblante.

Pero en vano resuena en tu palacio
Tu cántico sonoro;
En vano el sol despide en el espacio
Sus círculos de oro.

El hombre moribundo no te atiende,
Dulcísima sirena!
Su alma sobre otros globos ya se estiende,
De paz divina llena.

Muere: su grande espíritu en el suelo
Sacude sus despojos,
Y el mundo vil, en su elevado vuelo,
Se pierde ante sus ojos:

Como su nido al águila aparece
Cuando entre nubes nada,
Cuando del sol entre los rayos mece
Su pluma fatigada.

¡Ay! si contemplo tu semblante yerto,
Y los tristes blandones
Iluminan con brillo mustio, incierto,
Tus pálidas facciones;

¡Cuántas visiones tremebundas miro
En silencio espantoso!
¡Interrumpa una lágrima, un suspiro
Tu aterrador reposo!

¡Un rayo brote de divino fuego
De la órbita sombría!
Pero ¿qué pide á la materia el ruego,
Si está sola, vacía?

Rompió su mente de la tierra impura
Los ponderosos lazos;
Ya apurado, su cáliz de amargura
Cayó roto en pedazos.

Padezca el cuerpo en dolorosa calma,
Si un cuerpo amigo espira;
Pero alégrese el alma, si otra alma
Ya en libertad respira.

II.

¡Oh tú, que agora solitaria y triste,
Te inclinas al embate de la suerte,
Como la hiedra si en la tierra, inerte
Cayó el tronco del olmo protector!
Tú, cuyo acento en fúnebres sollozos
Al firmamento, tímido, se exhala,
Mientras la ardiente lágrima resbala
Por tu semblante que enlutó el dolor;

Gime, ¡infeliz! tu súplica egoísta
Do quier en vano con dolor retumba;
Duerme tu padre el sueño de la tumba;
Vive otra vida de ventura ya.
Tu voz, que arrastra el viento en su carrera,
No conmueve la bóveda ondeante,
Donde puso en columnas de diamante,
Su trono, entre relámpagos, Jehová.

Mira del árbol arrancar las hojas
El viento del otoño seco y frío,
Y arrebatarlas con rabioso brio,
Y revolcarlas, rechinando, aquí.
Vendrá la primavera; su guirnalda
La rama cubrirá, desnuda ahora,
Con hojas y con flores; mas tú llora,
Porque no hay primavera para tí.

« Sube! » gritóle Dios: « triste es el mundo;
» Purísima mi bóveda y serena;
» Sube, que entre tus labios solo arena
» Los frutos de la tierra dejarán. »
Obedeció; ¡no llores! en el cielo,
Como nubes de mística pureza,
Las palmas que coronan su cabeza
Ante tus bellos ojos brillarán.

Ahora empieza otra vida; ya su planta
No estampa en polvo sus mezquinas huellas;
En sus ojos la luz de mil estrellas
Refleja su suavísimo esplendor.

¡Y cuando el ángel de la fe su alma
Lleva en sus alas de esmeralda y oro,
Interrumpen el cántico sonoro
Tus gemidos, tu llanto, tu dolor!

Él te aguarda en el coro de querubes
Que entre abrojos la vida atravesaron;
Que en los lazos del mundo se agitaron,
Como el delfín en la flotante red.
Y cuando cubra con amarga espuma
La hiel el borde de tu cáliz frío,
Te lanzará dulcísimo rocío,
Para apagar tu devorante sed.

¡Llora! que pronto de tu ardiente pecho
Se calmarán los rápidos vaivenes,
Y la negra corona de tus sienas
Sus punzantes espinas perderá.
No borrará su imagen tu memoria;
Mas su recuerdo plácido, postrero,
Como el rayo de tímido lucero,
En tu vida infeliz reflejará.

¡Libre está ya! su espíritu al dejarla,
Secó de su existencia la corriente,
Que como el manto del Centauro ardiente,
Sus desmayadas fuerzas agobió!
¡Llora, llora, muger! para tí fueron
Sus pensamientos últimos del mundo,
Y en el ruego postrer del moribundo,
Tu nombre, melancólico, sonó.

Oirás siempre sus ecos; en las auras,
Del ancho bosque en los suspiros vagos,
En el murmullo de los tristes lagos,
Escucharás su acento paternal.
Y cuando el sueño de tus ojos huya,
Una mirada hasta tu frente bella
Bajará sobre el rayo de una estrella,
Para ser en el mundo tu fanal.

III.

¡Ay! si al mirar los rostros que me cercan;
Puedo mezclar mi duelo á sus dolores;
Si en medio de los fúnebres clamores
Puede llegar mi súplica hasta tí;

Escucha mis gemidos, y tus voces,
Desde las altas bóvedas del cielo,
Suenen, como un anuncio de consuelo,
Derramando la calma sobre mí.

¡Oh! si es verdad, si el justo que en la vida
Se resignó, cual Job, á horrenda suerte,
Por medio de las sombras de la muerte
Va otro globo magnífico á habitar;
Vives tú en él, y sabes que á mis ojos
Está la tierra lóbrega y vacía,
Y que, aspirando al cielo, el alma mía
Quisiera el mundo del dolor dejar.

Cansado estoy de combatir; las dudas
Contra mi mente su furor redoblan,
Y ya mis hombros débiles se doblan
Bajo el peso incesante de la cruz.
¿Desde tu altura inmensa una esperanza
No puedes dar al ánima afligida?
¿Caiga en el yermo de mi oscura vida
Un rayo solo de brillante luz!

La muerte invoco, y si la muerte viene,
Pido otra vez al cielo la existencia;
¿Si descendiese celestial creencia
Sobre mis años, plácida, á brillar!
¿Dulce ilusion! mi corazón un templo
En soledad tranquila te labrara,
Y el mundo con su aliento no llegara
Su destello purísimo á empañar.

No me quejo de tí, ¡Dios de clemencia!
Me diste un corazón, me diste un alma;
¿Es culpa tuya si á la hermosa calma
Mi vida las tormentas prefirió?
No: que un tiempo mi estrella en el espacio
Vertió su lumbrer candorosa y pura;
¿Qué tesoros inmensos de ventura
Mi juventud ardiente prodigó!

Nunca entendí del mundo los placeres,
Ni él comprende mi bárbaro martirio;
Jamás irá gimiendo mi delirio
Su vergonzoso júbilo á turbar.
Yo viviré su despreciable vida,
Sin enredarme en su angustioso lazo,

Hasta que venga de la muerte el brazo
El velo que me cerca á desgarrar.

IV.

¡Dios de bondad, á quien el mundo adora!
Tú, que en tu trono celestial, sereno,
Brillas tan grande al resplandor del trueno,
Como á los rayos de la blanca aurora:

El huérfano infeliz su suerte llora,
De fe y de amor el pensamiento lleno,
Y la oración del destrozado seno
Al labio sale que doliente implora.

Tú, cuya mano justa en su grandeza,
Siembra el dolor, y siembra la alegría,
Compadece su fúnebre tristeza;

Para calmar, ¡o Dios! su pena impía,
O derrama consuelo en su cabeza,
O vuelve al que murió la luz del día!